

Una oración de confesión

Pieter Pietersz fue un predicador menonita holandés del siglo XVII, cuya profesión de entre semana era la construcción de molinos de viento. Un hombre de enorme piedad y calor humano, compuso la siguiente oración de confesión siguiendo los lineamientos del Padrenuestro:

Oh Padre celestial, Dios de paz, que vives en tu real majestad: Me presento ante tus ojos de llamas de fuego, sabiéndome tu pobre pecador. He vagado mucho tiempo cegado por mis propios errores, pero un día clamé a ti como hijo tuyo aunque no era tu hijo y no tenía tu espíritu sino que servía a espíritus inmundos porque fui una persona pobre y perdida (Hb 13,20; Ap 1,14-15). Había llegado a ser un hijo del diablo; no había nacido de nuevo por tu Espíritu ni había sido liberado de las ataduras del diablo (Jn 8,44; Ti 3,5). Pero ahora, Oh Padre, miserable pecador que soy, vengo a ti doblegado en profundo arrepentimiento, con un corazón como un niño, diciendo: *Padre Nuestro que estás en los cielos*, acéptame en tu gracia como el más humilde de tus siervos, porque si no, perdido estoy; redímeme de las fauces del pecado y por la gracia hazme heredero de tu reino (Lc 15,21; Mt 6,6; Ro 8,17).

He clamado a ti en mi error, *santificado sea tu nombre*, pero por descuido he tomado a veces en vano tu nombre. Mis palabras, por las que esta pobre criatura debiera glorificar tu nombre, fueron impuras y sucias. Me arrepiento de ello en lo más interior de mi alma: Oh Padre, prepara mi corazón mediante tu Espíritu Santo para que a partir de ahora, como es mi entera intención, glorifique tu nombre en todas mis palabras y mis obras que te debo (Is 64,19). Con acción de gracias procuraré honrar tu majestad (Sl 51,12).

Con desconocimiento también he invocado: *venga a nosotros tu reino*, pero, ¡ay de mí!, el reino de este mundo me tenía del todo absorto y por consiguiente no conocía tu reino. Y lo que más estorba tu reinado, eso es lo que yo procuraba como mi tesoro mundanal, y con todo el mundo construía el reino del diablo en la ceguera de mis razonamientos (Mt 19,23). Oh Padre, lamento haber errado tanto tiempo y por eso ahora oro con mejor sentido, con la confianza de un niño: medre tu reino y crezca en mí, haz que se extienda y agrande hasta que el reino del diablo sea destruido y desaparezca por sus propias contiendas y desunión (1 Jn 3,1; 2 Cor 6,18).

El misterio de la oración

La oración es una de las capacidades más asombrosas del ser humano. Es seguramente un logro más sorprendente que la bipedación que libra nuestras manos para otras muchas cosas; que el habla, el raciocinio, la conciencia o la capacidad de imaginar y anticipar lo que va a suceder. Todas estas facultades humanas son impresionantes, por mucho que nos resulten tan corrientes que no reparamos en ellas. Pero la más asombrosa de todas es la de conversar con la deidad.

Es un rasgo plenamente humano, antes que cristiano, puesto que es difícil imaginar que nadie se pase la vida entera sin algún tipo de comunicación o meditación o comunión interior con nuestro Creador y Sustentador, sea como sea que se lo imaginen, sea cual sea el nombre que le den. Bien es cierto que no toda oración es con conocimiento; pero el propio conocimiento —la revelación de sí mismo cuya iniciativa viene de Dios y cuyos resultados vemos en la Biblia— tuvo siempre su origen en la comunión con Dios, en oración y escucha, de personas que *hasta ese momento desconocían* lo que Dios a la postre les revelaría.

En este número de *El Mensajero* hemos querido recoger algunas oraciones y algunas reflexiones sobre la oración, desde varias fuentes diferentes y perspectivas muy diversas, con la esperanza de que nos sean a todos de inspiración y de acicate a perseverar en la oración.

—Dionisio Byler

También en este número:

Confesiones colectivas 3	«Sobre la oración» 4
Los intercesores 5	La alabanza 6
Noticias 7	El libro de Ester 8

Juntamente con otros, también he invocado *sea hecha tu voluntad en la tierra así como en el cielo*; pero yo, este pobre pecador, me mantenía firmemente en mi propia voluntad y así me hice esclavo al pecado (Jn 8,34); me dejé llevar de inquietud en desesperanza, contienda y falta de paz y seguí vagando por este mundo de oscuridad hasta que me enseñaste tu gran misericordia, que tan sólo tu voluntad es buena y recta en todo (Jn 3,19; Hch 9,5).

Ahora pues, Oh Padre misericordioso, perdona mis errores anteriores; entrego mi voluntad entera a tu voluntad, orando de corazón que sólo tú me gobiernes, guíes y conduzcas a toda justicia, amor y paz, como eres servido y honrado por todos tus siervos del cielo (Mt 26,39).

También he pronunciado muchas veces las palabras: *el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy* —pero sin pensar en ello, porque no me daba por satisfecho con eso y por consiguiente mi oración se asemejaba más a una burla que a una oración de verdad. Porque intentaba de continuo amontonar tesoros, desobedeciendo tu Palabra donde nos instruyes no preocuparnos por el día de mañana (Lc 12,19; Mt 6,34). Desconocía tu favor paternal para conmigo y vivía como un pagano, lleno de preocupaciones. Intentaba cuidar de mí mismo sin contar contigo, sin tu bendición, y procurando ahorrar para mis hijos (Sl 55,23; 10,3). Pero, Oh Padre, lamento haber errado así, por lo que te pido como un hijo pide a su padre, *el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy*. Me doy por satisfecho y agradezco hondamente tener lo suficiente para mis necesidades, alimento y cobijo, que tan generosamente provees para todo aquel que clama a ti con fe (1 Tm 6,6).

También he orado: *perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, pero con esas palabras oraba condenación sobre mí mismo: Estaba lleno de odio y de envidias, siempre insistía en mi propio derecho y cuando a mi parecer se me trataba injustamente, no era capaz de sobrellevarlo con mansedumbre; me irritaba y enfadaba contra mi prójimo y dejaba ponerse el sol sobre mi ira (Mt 18,30). Permitía que la

discordia siguiera durante días y meses y me acostaba en mi pecado, corriendo el peligro de una muerte eterna (Ef 4,26). Y a pesar de todo oraba *perdóname mis faltas como yo perdono a los que han faltado contra mí* (1 Cor 6,9; Gá 5,20; Ro 2,1). Por eso tus juicios rectos me condenaban en mis propias oraciones. Pero ahora, Oh Señor, he errado y he hecho mal, perdóname mis pecados así como perdono de todo corazón a los que me han agraviado y que siguen agraviándose. Mi corazón está ahora en paz con todo el mundo, aunque haya quien me menosprecie (Lc 23,34). Por tanto te ruego de todo corazón que me perdones mis pecados por tu pura gracia.

También he orado que *no nos dejes caer en la tentación*, pero como un pobre pecador corría hacia todo tipo de tentaciones, por mis malos deseos (St 1,15). Permitía que mis deseos me llevaran hacia toda suerte de tentación. Pero ahora ruego, Oh Señor, que me guardes en medio de este mundo lleno de tentaciones, para que no ceda a ellas por la debilidad de ésta mi carne, por el diablo ni por el mundo, por obras indecorosas que son contrarias a tu santo ejemplo (Jn 17,12). *Mas libranos del mal*, para que cuando me sobrevenga pueda mantenerme firme por tu Santo Espíritu (2 Tm 4,7), *porque tuyo*—y sólo tuyo— *es el reino* que todos anhelamos, *y la gloria* que sólo a ti te corresponde, *y el poder* que confiamos nos preserve en esta vida y nos conduzca desde el desierto a la vida eterna. *Amén*.

[Publicada en holandés en 1625, esta traducción de D.B., 2007, es del texto en inglés según aparece en Cornelius J. Dick, *Spiritual Life in Anabaptism* (Scottsdale: Herald, 1995) pp. 209-11.]

Uno de los elementos más sorprendentes de la oración bíblica —por estar tan ausente de las oraciones habituales en las iglesias evangélicas— son las oraciones de reconocimiento de una culpabilidad colectiva, una culpabilidad nacional o étnica o racial. Oraciones de confesión colectiva.

Piénsese en la oración emocionada de Daniel que empieza así:

«*Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos, hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos actuado impiamente, hemos sido rebeldes y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro que en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los habitantes de Jerusalén y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti. Nuestra es, Jehová, la confusión de rostro...*» (Dn 9,4-8 RV95).

Nehemías eleva al Señor una extensa oración haciendo memoria de los siglos de trato de Dios con su pueblo Israel, las muchas rebeliones y también los muchos castigos. Llegando al final de su oración, dice:

Ahora pues, Dios nuestro, Dios grande, fuerte, temible, que guardas el pacto y la misericordia, no sea tenido en poco delante de ti todo el sufrimiento que ha alcanzado a nuestros reyes, a nuestros gobernantes, a nuestros sacerdotes, a nuestros profetas, a nuestros padres y a todo tu pueblo, desde los días de los reyes de Asiria hasta este día. Pero tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo. Nuestros reyes, nuestros gobernantes, nuestros sacerdotes y nuestros padres no pusieron por obra tu Ley, ni aten-

Oraciones de confesión colectiva

«¡Escúchanos, Señor!
¡Perdónanos, Señor!
¡Atiéndenos, Señor!
¡Por amor de ti mismo, no
tardes!» (Daniel 9,19)

dieron a tus mandamientos ni a los testimonios con que los amonestabas. Pero ellos en su reino y en los muchos bienes que les diste, y en la tierra espaciosa y fértil que entregaste delante de ellos, no te sirvieron, ni se convirtieron de sus malas obras. Míranos hoy, convertidos en siervo; somos siervos en la tierra que diste a nuestros padres para que comieran su fruto y su bien. El fruto de ella se multiplica para los reyes que has puesto sobre nosotros por nuestros pecados, quienes se enseñorean sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestros ganados, conforme a su voluntad. ¡En gran angustia estamos!» (Nh 8,32-37 RV95).

Tengo la impresión que este tipo de oración ha calado muy poco en el pueblo de Dios. ¿Tan justos han sido nuestros antepasados, entonces, tan independientemente vivimos hoy de las consecuencias de pecados ancestrales, que nos parece que podemos venir ante Dios como si nada, como que hasta que nació yo no sucedió nada que merezca la pena notar ni confesar? ¡Qué fácil es ser «demócratas» y «tolerantes» en el siglo XXI, como si

nuestros abuelos nada tuvieron que ver con la Guerra Civil, como si nuestros padres no se acostumbraron a convivir con el fascismo, como que nuestra propia generación tuvo una inmaculada concepción en lugar de ser rebelde y anárquica! Como si no viviésemos en medio de una generación ególatra, hedonista, consumista y derrochadora —vicios colectivos de los que nos contaminamos inevitablemente con cada aliento de nuestros pulmones y con cada corte publicitario.

¡Qué superficiales resultan nuestras manifestaciones por la paz, sean las que protagonizamos hace años ante la inminencia de la invasión de Irak, sean las que protagonizamos con cada atentado de ETA, cuando falta en ellas el reconocimiento de nuestra culpabilidad colectiva! ¿Tan fácil es pasar por alto, entonces, que nuestros antepasados reconquistaron la península de los moros a fuerza de armas, no de evangelización; que echaron a patadas de esta tierra a la raza de Jesús y de la Virgen María (que profesaban adorar); que conquistaron América con crueldad y traición y genocidio, sembrando un continente entero de las injusticias y los desequilibrios sociales que siguen siendo su azote? ¿Hemos acabado, entonces, con las confesiones? ¿Ya no hay lugar para ellas en nuestro clamor, nuestra intercesión y nuestra oración? Quizá haría falta a veces un poco menos de *pachán pachán* en nuestras alabanzas, un poco más de recogimiento y reco-

nocimiento de que llevamos en nuestro ADN la culpabilidad de generaciones de rebeldía contra Dios.

En estas oraciones bíblicas de confesión colectiva, lo que destaca, es la afirmación de la voluntad férrea de nunca más caer en aquellos pecados ancestrales. Porque quien no reconoce las sombras que lleva inscritas en la sangre, corre el riesgo de que esas sombras se levanten a traición y vuelvan a contaminar su futuro.

Algunas de las pronunciaciones más elocuentes de los grandes profetas bíblicos pueden tener dos lecturas. Pueden ser una denuncia de pecados ajenos; pero pueden ser también confesiones del profeta, oraciones reconociendo los pecados colectivos de su raza y nación, el clamor del vidente que ha visto adónde lleva el camino que viene siguiendo un pueblo al que pertenece, del que nunca será posible desvincularse:

A causa de mi intenso dolor, mi corazón desfallece. Se oye la voz del clamor de la hija de mi pueblo, que viene de la tierra lejana. ¿No está Jehová en Sión? ¿No está en ella su Rey? ¿Por qué me hicieron airar con sus imágenes de talla, con vanidades ajenas? ¡Pasó la siega, se acabó el verano, pero nosotros no hemos sido salvos! ¡Quebrantado estoy por el quebrantamiento de mi pueblo; abrumado estoy, el espanto se ha apoderado de mí! ¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay allí médico? ¿Por qué, pues, no hubo sanidad para la hija de mi pueblo? ¡Ay, si mi cabeza se hiciera agua y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo! ¡Ay, quién me diera en el desierto un albergue de caminantes, para abandonar a mi pueblo y apartarme de ellos!, porque todos ellos son adúlteros, una congregaciones de traidores. Hicieron que su lengua lanzara mentira como un arco, y no se fortalecieron para la verdad en la tierra, porque de mal en mal procedieron. (Jr 8,18-9,3 RV95.)

—D.B.



«Sobre la oración»

Pedro Riedemann (o Rideman) fue uno de los líderes más señalados de los anabaptistas que se desplazaron hacia el este de Europa. De sus 27 años de ministerio, vivió 9 encarcelado, en distintas oportunidades, por mantener una fe cristiana que no se sometía a los dictados de las iglesias estatales. Desde la cárcel escribió en 1540 los siguientes pensamientos sobre la oración:

La oración debe de venir desde el corazón, es decir, en espíritu y en verdad, para que sea agradable a Dios. Por tanto quien quiera orar ha de preparar su corazón, en primer lugar, abandonando todo aquello que es malo, puesto que Dios no escucha a los pecadores; y ha de procurar, dentro de lo que es posible, vivir en paz con todos y muy especialmente con los creyentes; como dice Cristo: «Si vienes al altar para presentar tu sacrificio a la vez que tu hermano tiene algo contra ti, entonces has de ir primero a reconciliarte con él y después venir para presentar tu sacrificio». Por tanto todo aquel que desee presentar el sacrificio de sus labios a Dios —es decir, la alabanza y oración— que se reconcilie primero con todos, para que ninguno de los creyentes tenga nada contra él.

Además, tiene que haber perdonado si tiene cualquier cosa en su corazón contra otros, como enseña Cristo: «Cuando os ponéis en pie para orar, perdonad si alguien os ha ofendido; para que vuestro padre que está en los cielos también os perdone vuestras faltas». Y cuando el corazón está purificado de esta manera, entonces ha de adornarse con fe verdadera y con confianza real. Sí, ha de tener tal confianza en Dios que con seguridad, firmeza y certeza cree que Dios, como padre que procura siempre lo mejor para sus hijos, le oirá y le concederá su petición; como manifiestan e indican las palabras de Cristo: «Si vosotros, siendo malos, dais buenas dádivas a vuestros hijos, cuánto más dará vuestro Padre celestial el Espíritu Santo a los que se lo piden?»

Así, entonces, los que oran en fe recibirán. Y quien ora así con fe no desiste de traer a Dios sus peticiones, ni permite que ninguna otra ocupación lo impida ni demore; y aunque tarde mucho y parezca que Dios no lo con-

cederá, aguarda con toda paciencia en la confianza firme de que Dios seguramente lo dará sin demora.

Pero aquel que después de orar vuelve su corazón a otras cosas y se deja distraer de su petición, dejando de orar, cansándose de su petición y dejándola en el abandono, el tal nada recibirá, puesto que no ha permanecido firme en la fe; como dice Santiago: «Si alguien pide algo a Dios, que lo pida con fe, sin fluctuar. Porque aquel que duda o deja de insistir en su petición es una persona inestable. No crea tal persona que recibirá nada de parte de Dios.»

Sin embargo, si nosotros que somos hijos del Espíritu de Cristo, por motivo de nuestra debilidad no sabemos cómo hemos de venir ante Dios para que nuestro deseo y petición se mantenga delante de él, entonces, dice Pablo: «El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos qué es lo que debemos orar: pero el Espíritu mismo intercede con poder por nosotros, con gemidos indecibles; y Aquel que escudriña los corazones sabe cuál es la mente del Espíritu, porque intercede por los santos de acuerdo con la voluntad de Dios.»

Ahora bien, es sólo en este Espíritu que Dios desea ser honrado y adorado, y por tanto es menester aguardar este impulso y aprender de él. Entonces lo que él enseña e inspira será oído por Dios y será agradable ante él, y puesto que nos oye obtendremos la petición que le hemos hecho.

[De la *Confesión de Fe*, publicada en 1545. Traducido por D.B. para *El Mensajero*, de la traducción al inglés (Rifton: Plough, 1970) pp 121-2.]

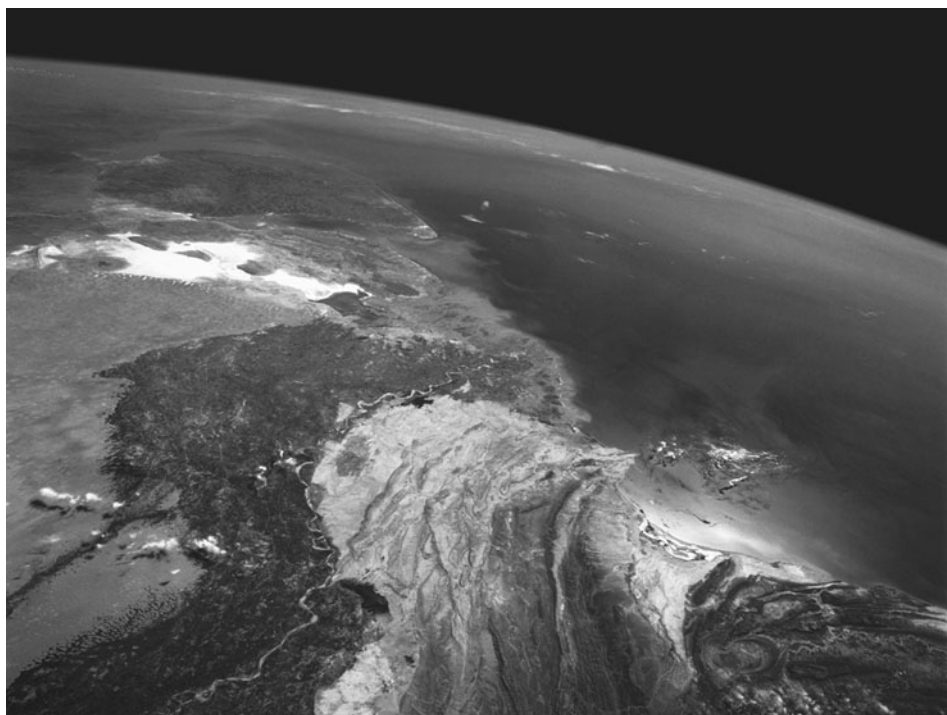
En la década de los 80, el teólogo Walter Wink despertó un enorme interés con su trilogía sobre «los principados y las potestades» en el pensamiento bíblico. Reproducimos aquí algunos párrafos suyos sobre el papel de la intercesión:

La intercesión es una insu- misión a lo que es, en el nombre de aquello que Dios ha prometido. La intercesión visualiza un futuro alternativo al que tiene toda la apariencia de estarnos destinado por la inercia de las fuerzas contrarias que operan hoy. Trae un aire de lo que vendrá a la atmósfera recargada y sofocante del presente. Los que han hecho las paces con la injusticia, los que han definido su identidad conforme al privilegio, los que se benefician de la desigualdad social, no es muy probable que sean esta clase de intercesores.

Hay una imagen maravillosa en el Libro de Apocalipsis. Jesucristo, el León de la tribu de Judá, el Cordero que está en pie aunque inmolado — este León en piel de cordero — está abriendo uno a la vez los sellos del Rollo del Destino (Apocalipsis 5-8). Al ir abriendo los cinco primeros sellos, se pone de manifiesto el triste espectáculo de la violencia humana; el ciclo sin fin de conquistas, guerras civiles, hambre y muerte, ilustrado por los Cuatro Jinetes. Al romper el quinto sello, los testigos mártires debajo del altar claman: «¿Hasta cuándo, Señor? ¡Sea vengada nuestra sangre!» Entonces se abre el sexto sello y la creación entera se sacude y tambalea en expectación agonizante de la ira de Dios. Y ahora, justo antes de abrir el séptimo sello, los que han sido redimidos han sido marcados ante la inminencia de una nueva «pascua» del ángel de muerte y destrucción. Ahora por fin todo está dispuesto. Aguardamos a que se desenrolle y dé lectura al Rollo. Es hacia esta culminación que ha ido apuntando todo el ciclo de las edades.

Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora. Luego vi los siete ángeles

La historia les pertenece a los intercesores



que estaban de pie ante Dios, y se les dieron siete trompetas.

Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono. El humo del incienso con las oraciones de los santos subió de la mano del ángel a la presencia de Dios. Y el ángel tomó el incensario, lo llenó del fuego del altar y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, voces, relámpagos y un terremoto (Ap 8,1-5 RV95).

El mismísimo cielo guarda silencio. Las huestes celestiales y las orbes del cielo suspenden su cántico incansante para que se puedan escuchar las oraciones de los santos que están en la tierra. Los siete ángeles del destino no pueden tocar la señal para que sea la era venidera, en tanto que un octavo ángel recoge esas oraciones — oraciones rogando justicia, vindicación y victoria— y las mezcla con incienso sobre el altar. En este silencio cósmico ascienden a la nariz de Dios. Entonces, de ese mismo altar el ángel llena el incensario de ascuas de fuego y las arroja sobre la tierra. La tierra entera se sacude. El silencio ha sido roto. La liturgia del cielo ha termina-

do. Ahora los siete ángeles que tienen las siete trompetas se disponen a tocar.

Esta escena pone patas arriba la manera habitual de entender cómo funciona el destino, donde se supone que las decisiones celestiales son las que actúan sobre la tierra. Aquí los seres humanos han intervenido en la liturgia celeste. El flujo ininterrumpido de hechos y consecuencias ha sido frenado un instante. Y en ese instante es posible imaginar nuevas alternativas. Lo inesperado se torna repentinamente posible, porque las personas que habitan en la tierra han invocado al cielo, donde habitan todas las posibilidades —y han sido escuchados. Lo que sucede a continuación sucede porque hay gente que ora.

El mensaje es claro: *la historia les pertenece a los intercesores, que creyendo, crean el futuro.* [...]

Si el futuro está tan abierto como eso, si las huestes celestiales han de guardar silencio para que Dios pueda escuchar las oraciones de los santos y actuar en consecuencia, entonces ya no estamos tratando con el Dios inamovible e inmutable de la metafísica de los estoicos. Ante aquel Dios, cuya voluntad ya ha sido establecida desde toda la eternidad, la intercesión

es una ridiculez. No hay ningún lugar para la intercesión con un Dios cuya voluntad es imposible que cambie. Durante demasiados siglos los cristianos venimos adorando al Dios del estoicismo, ante cuya voluntad imperturbable tan sólo nos queda subyugarlos, adaptando nuestras voluntades a la voluntad inmutable de la deidad.

Pero la oración bíblica no es así. La Escritura nos convoca a la presencia del Señor de los Ejércitos, que escoge las sendas tortuosas del desierto y cuyos caminos pueden cambiar en cualquier momento. Este es un Dios que opera con nosotros y a favor nuestro, para hacer que la vida humana sea permanentemente *digna*. Y este Dios depende de las intercesiones de aquellos a quienes les importa tanto lo que sucede, que se atreven a intentar forjar un futuro más digno que el mundo presente. En las palabras de Mircea Eliade, la fe que opera mediante la oración es «la emancipación absoluta de cualquier tipo de “ley” natural, y por tanto la libertad más elevada» imaginable: «la libertad para intervenir en la constitución ontológica del universo».

El amaneramiento protocolario de la oración mojigata no es lo que hallamos en la Biblia. La oración bíblica es impertinente, insistente, desvergonzada, indecorosa. Se parece mucho más al regateo en un mercado oriental, que a los monólogos ceremoniosos que se escuchan en las iglesias.

[Traducido para *El Mensajero* por D.B., de Walter Wink, *Engaging the Powers* (Minneapolis: Fortress, 1992) pp. 298-9, 301.]

La alabanza

Eleanor Kreider

Es natural y justo reconocer el bien cuando lo vemos. No es sólo apropiado alabar a Dios, entonces, sino que es necesario. Satisface algo muy hondo en nuestro interior. ¡Nos hace sentir maravillosamente! Al alabar no es que demos algo de nosotros, sino que reconocemos la verdadera naturaleza de las cosas. Hemos recibido bienes sin medida. Volviendo nuestras caras hacia el Dador, le ofrecemos alabanza y gratitud.

Los cristianos iniciamos nuestras reuniones instintivamente con alabanzas y expresiones de gratitud. Nos acercamos así a Dios, como nos acercaríamos al encuentro de cualquier otro amigo íntimo. Nuestros pensamientos corren por delante y nuestros corazones se alegran al ver que llega la hora.

Pero nuestra relación con Dios no es como la que tengamos con ningún otro amigo. Acercarse a Dios no es lo mismo que ningún otro encuentro social. Este Dios con quien nos encontramos en la alabanza es personal, pero también trasciende la personalidad. En la alabanza nos encontramos con Aquel que es inconmensurablemente más grande y más profundo que la creación entera.

No podemos acercarnos a Dios a la ligera. Pero sí nos acercamos a Dios como nos enseñó Jesús, con confianza y como parte de una relación de amor mutuo. Al reunirnos para el culto de la comunidad, recordamos cómo ora-

ba Jesús; y al imitarle podemos establecer una quietud interior y una predisposición a escuchar a Dios.

Los cristianos no son los únicos que conocen la dificultad de disponer la mente y el espíritu como es menester para la alabanza. Los judíos tienen una palabra especial para esta atención y devoción interior concentrada: *kawannah*. Es la actitud donde los ojos interiores y el corazón se centran en la presencia de Dios. Los judíos solían orar con sus manos abiertas y elevadas. Como dijo uno de los rabinos: «La oración no será aceptada a no ser que se ponga el corazón en las manos». Las manos se abren y elevan para recibir buenas dádivas de Dios.

Una quietud interior, la emoción del encuentro, un espíritu agradecido. Estas son las cualidades necesarias del corazón al entrar a la adoración. En los ratos de reflexión es natural que la mente repase los acontecimientos recientes, y es ésta una disciplina útil para la mente al disponernos a la adoración en comunidad. Cuando tomamos especial consciencia de estar en la presencia de Dios, todo tipo de cosas acuden a la mente —todas las experiencias de nuestras vidas donde hemos conocido la misericordia, el cuidado, la protección y la provisión de Dios.

En muchas iglesias nuestras reuniones dejan lugar para mucha espontaneidad. En ese estilo de culto, se anima a las personas a orar, arrancar a

cantar una canción, o hablar con inspiración. Esta alabanza espontánea puede llevar mucho fruto, pero también puede resultar estéril. La libertad para la participación de una manera pública depende de muchos factores: el número de los asistentes, el tamaño y la sonoridad del salón, el estilo que impone quien dirige, la formación y las expectativas de los asistentes, los diferentes tipos de personalidad.

Nos acercamos a Dios como nos enseñó Jesús, con confianza y como parte de una relación de amor mutuo. Al reunirnos para el culto de la comunidad, recordamos cómo oraba Jesús; y al imitarle podemos establecer una quietud interior y una predisposición a escuchar a Dios.

A veces pueden operar algunos factores negativos, que socavan sutilmente el poder que es propio de la espontaneidad. Puede haber una cierta presión a acoplarse al uso de ciertas expresiones trilladas, obligando a los que oran a conformarse a ciertos modelos muy característicos de oración. Esto puede acabar excluyendo a los que no se sienten capaces de hablar así. La autopromoción de ciertos individuos desequilibrados —tal vez alguien que sólo está de visita— puede alterar a todo el grupo. Lo más molesto es cuando la comunidad se siente manipulada por los músicos o por quien dirige la alabanza. Las barreras mentales que todo ser humano levanta instintivamente cuando se siente presionado, son un baño de agua fría capaz de apagar el fuego de cualquier alabanza.

Pero en la alabanza espontánea las cosas también pueden ir estupendamente. El Espíritu Santo puede ser



quien toma la iniciativa, inspirando lo que cada cual contribuye, trayendo salud y preservando la humildad de quienes dirigen. De manera que la pregunta del millón es: ¿Cómo preservar la paz y apertura interior, la pureza y la receptividad al Espíritu?

Una actividad que suele faltar en la alabanza espontánea es el silencio. Escuchar a Dios, sopesar en meditación lo que se ha dicho, permitir que lo que acabamos de cantar «cuaje» en nuestro interior, llegar a sentirnos auténticamente cómodos —todos estos aspectos de la alabanza son imposibles si se mantiene permanentemente una aceleración y verbosidad.

Los miembros de la comunidad pueden desarrollar hábitos personales de silencio aprendiendo a guardar silencio al acabar una canción, aprendiendo a sentirse cómodos con la quietud. Aquí quien dirige la alabanza juega un papel primordial. Si está claro que el silencio es intencionado —que no un rato de desconcierto donde se procura a la desesperada que alguien intervenga— la comunidad sabrá acoplarse con naturalidad. Todos pueden predisponerse a aprovechar la quietud interior que brinda el silencio.

Hay dos motivos muy buenos por qué se ha escrito tanto sobre la alabanza espontánea. Un motivo es que esa espontaneidad es difícil de encauzar y se presta muy fácilmente a la distorsión. Tanto es así, que nadie debe sorprenderse al descubrir que hartos frecuentemente las comunidades dan por imposible una espontaneidad auténticamente beneficiosa y optan por el camino menos arduo de las fórmulas y el control. Pero el segundo motivo de que se escriba tanto sobre el tema, es que todos deseamos la libertad de ser espontáneos al alabar.

[Traducido y adaptado levemente por D.B. para *El Mensajero*, de Eleanor Kreider, *Enter His Gates: Fitting Worship Together* (Scottsdale: Herald, 1990) pp. 124-7.]

Allada (Benín) 10 dic. 2006 —Las vacaciones se han terminado y es la hora de las duras labores, los niños vuelven a retomar sus estudios. Son períodos que a veces no aprecian. pero hay un tiempo para cada cosa, un tiempo para descansar, un tiempo para jugar y un tiempo para estudiar. Lo que es especial en este nuevo año escolar, es que los niños asisten a un colegio público. Hemos pensado en esta alternativa teniendo en cuenta la estabilidad que tenemos en el ámbito político y académico desde marzo de 2006.

También para el curso escolar 2006-2007, tenemos seis niños en el instituto, once en primaria y tres en infantil. Tengo que subrayar que hemos abierto nuestra área infantil a otros niños que participan en el club de la Buena Nueva y los cuales tienen mucha dificultad para empezar el colegio. Entonces esto hace que tenemos diez niños en infantil.

Hablando del Club de la Buena Nueva, os queremos dar las gracias por vuestras oraciones, porque el retomarlo ha sido efectivo. Acogemos cada sábado cerca de un centenar de niños que vienen para participar en los juegos y para escuchar el evangelio. La animadora principal, Eliane Agondja, no se aburre en compañía de los recién llegados.

Otras dos buenas noticias: la familia ha acogido dos nuevos miembros. El uno ha sido recibido con los homenajes del Hijo Pródigo: se trata de Olivier Kakoue, que se ausentó durante dos años y que de nuevo está a nuestro lado para luchar. Bendecimos al Señor por su regreso, que coincide con el lanzamiento de refuerzo de la crianza de los cerdos que tenemos en el centro. La otra persona es Rebeca. Es una bella criatura de Dios. Tiene ocho años y ha vivido ya muchas vicisitudes de la vida. Nuestra esperanza es que el Señor la sane tanto física como moral y psicológicamente.

Hemos vivido también dos casos de reintegración de los niños. Se trata de los mellizos Pierre y Pierrot, quienes a petición de su padre han vuelto a

Noticias de nuestras iglesias



El Hogar de Niños “La Casa Grande – Benín”, es un ministerio de la Iglesia Menonita de Burgos, con la colaboración de otras iglesias y las aportaciones de muchos individuos y de organismos públicos y empresas privadas.

su familia. Porque por encima de toda consideración, la familia biológica es el mejor hogar por excelencia para el niño. No obstante, La Casa Grande – Benín, deja siempre sus puertas grandemente abiertas para los corazones que necesitan ser curados.

Por otra parte, por la gracia de Dios, hemos participado en la fiesta anual que organiza el Grupo de África de La Casa Grande – Burgos. Éramos un número de cinco saliendo de Cotonou. El alcalde de la ciudad de Allada (Señor Wilfried Gbetchedji), su asistente (Cecile), el Pastor Gbaguiji, de las Asambleas de Dios en Allada, su esposa y yo. Bendecimos al Señor, porque fue un período de trabajo fuertemente bendecido y creemos que este período dará una buena repercusión en el crecimiento de la obra en Benín.

No sabríamos acabar esta carta sin dar gracias a Dios por su fidelidad y su apoyo que hemos vivido a lo largo de este año que finaliza. También renovamos nuestros agradecimientos a todos los amigos que nos han acompañado con sus consejos y sus oraciones para la obra que se realiza en Benín.

—Paulin y Esther Bossou
(tradujo: Esther Vargas)

Los libros de la Biblia

Ester

Parece un cuento de hadas:

Rey, fabulosamente rico y poderoso, busca chica guapa, humilde y buena, con intenciones matrimoniales. Chica buena sin padres, criada por su tío, de condición humilde y raza despreciada, enamora al rey. Se casan y son felices. A la postre un noble, siniestro y malvado, procura matar al tío bondadoso que la había criado y a la vez aniquilar a toda su raza. Pero la chica, ahora reina, interviene justo a tiempo. El noble malvado muere en la horca que había preparado para el tío bondadoso. Y ahora sí todos son por fin felices —y «colorín colorado, este cuento se ha acabado».

La historia de Ester es un poco más complicada que eso, pero el aire de cuento de hadas es parte del encanto de su lectura —por muy Biblia que sea— y es un factor que hay que tener en cuenta al interpretarlo para provecho del pueblo de Dios. Con ese aire de cuento de hadas no puede ser —ni pretende ser— un relato puramente histórico sino una fábula con moraleja. Y lo que nos incumbe es desentrañar cuál sea esa moraleja.

Es interesante notar que Ester se publicó en dos versiones distintas. Una es la versión hebrea, más concisa y menos adornada, que es la que se emplea habitualmente en traducciones protestantes o evangélicas. La otra es la versión griega. Puede que sea tan antigua como la hebrea. Como el Antiguo Testamento griego fue la Biblia preferida de las primeras generaciones de los cristianos, esa versión más larga es la que figura en la Vulgata (la traducción al latín) y por tanto en las traducciones católicas más tradicionales.

La versión griega empieza con un sueño de Mardoqueo, donde Dios le revela lo que está por suceder. A continuación, Mardoqueo desbarata una conspiración contra el rey. A partir de entonces Amán, primer ministro del reino y uno de los conspiradores sin que se descubriera, busca la ocasión de acabar con Mardoqueo. Más ade-

lante, cuando Amán consigue redactar un edicto sentenciando la aniquilación de todos los judíos, la versión griega añade dos oraciones, una de Mardoqueo y otra de Ester, donde confiesan los pecados de su pueblo y claman con fe conmovedora a Dios, rogando su intervención liberadora. Esta versión exagera incluso más que la hebrea la gloria del rey y el peligro que supone acercarse a él sin haber sido llamada. Ester se desmaya dos veces ante su presencia, pero por fin consigue abrir la boca e invitarle al consabido convite donde revelará que los planes genocidas de Amán la afectan directamente a ella. Aquí viene también el segundo edicto del rey, que se limita a anular el anterior.

En la versión hebrea es importante para el argumento la idea de que las leyes persas eran irrevocables, por lo que el segundo decreto sólo puede autorizar a los judíos a defenderse y atacar a los que forzosamente siguen autorizados para atacarlos a ellos. Por consiguiente y para los efectos deseados, en la versión hebrea los judíos cometen, con esa autorización, una masacre descomunal. Matan a nada menos que 65.500 de sus enemigos en un solo día, y en la capital obtienen permiso para seguir un segundo día de masacres.

El efecto del libro hebreo es que el presunto cuento de hadas esconde un genocidio a la inversa, donde los judíos alegremente asesinan a tanta gente que cuesta imaginarlo. Estas son muertes a la antigua, sin balas ni bombardeos sino clavando espadas y cortando cabezas, donde a los judíos casi les falta tiempo para bañarse de la sangre de tanta víctima, antes de dedicarse al jolgorio del banquete y la celebración. La dimensión tan exagerada del horror —la crueldad, la violencia, la descomunal sed de sangre que manifiestan los judíos— suscita espanto y rechazo cuando lo leemos. Ausente Dios del relato (en la versión hebrea jamás se menciona a Dios) nos muestra que si no es por Dios, el pueblo judío acabaría reducido a la mis-

ma barbarie que todos los demás pueblos. Sin Dios, el pueblo de Dios ya no es especial en ningún sentido que merezca la pena considerar.

La versión griega, sin embargo, aunque disminuye notablemente el número de las víctimas («solamente» 15.800) deja ver una realidad incluso más inquietante. Salvados y fuera de peligro ya por efectos del segundo edicto, pero fortalecidos por su devoción a Dios y la guía sobrenatural con que Mardoqueo ha llegado a la cúspide del poder, demuestran qué fácil es que la religión se pervierta, que el mensaje del amor, la gracia y la salvación divinas se convierta en justificación de atrocidades y genocidios.

Porque lo que empezó como un cuento de hadas se nos ha convertido en una casa de los horrores.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org